

escritor demostrando hasta dónde abarca su visión y su análisis, en una dinámica de trabajo excepcional.

Con *Paralelo 53 Sur*, el doctor Marín obtuvo el Premio Municipal en Chile. Con *Puerto Negro*, Premio de "El Mercurio". Con *El Egipto de los Faraones* el que le entregó la Universidad de Concepción. ¿Le llegará dentro de poco tiempo el Premio Nacional de Literatura de su patria que demasiado lo merece? No lo dudamos.

Con *La India Eterna* acrisola su poder creador, aumenta el volumen de producción, valiosa en las letras, y planta en la historia de la literatura un mayor acervo, en tanto que divulga conocimientos de países orientales, puesto que en sus libros anteriores ha presentado diferentes facetas en su valorística de escritor multidimensional.

La universalización de sus temas en la variedad de ellos contribuye, además, a vigorizar la producción literaria en América.

Resumen: cada libro es una proeza de acción, de agudeza, de observaciones y de fuerza en un recorrido que constituye tiempo, sucesos, espacio y, para el futuro, lo que dejará un escritor que, a más de estar dotado de otras facultades, encerró en su obra espíritu y objeto, sangre y vida.—*Juan Felipe Toruño.*

■  
"GENTE EN LA ISLA", de *Rubén Azócar*

La primera impresión que tenemos al terminar la lectura de este libro es de asombro. Nos preguntamos, sin tener una respuesta satisfactoria: ¿Cómo es posible que este libro, mercedamente premiado en un concurso literario de Zig-Zag, publicado en 1938, sólo tenga ahora una segunda edición? ¿Es posible que el público lector no haya reparado que "Gente en la Isla" es una novela tan meritoria como "Los de abajo", "Don Segundo Sombra", "La Vorágine", "Un perdido", "Hijo de ladrón", sólo por nombrar algunas de las novelas más representativas de la literatura continental?

Esto sucede en circunstancias que otros libros, de valor literario muy inferior a "Gente en la Isla", han alcanzado sucesivas ediciones. La respuesta a los interrogantes formulados, puede ser el oportunismo literario de algunos autores chilenos y extranjeros y el dudoso gusto de la gran masa lectora, sin despreciar tampoco la vigilante y decidida intervención de la crítica interesada.

Pero debemos dejar nuestras lucubraciones para otra ocasión y ahora debemos ocuparnos de "Gente en la Isla", primorosamente editada en los talleres de la Empresa Zig-Zag, accediendo, tal vez, al deseo tácito de millares de lectores americanos.

"Gente en la isla", escrita por un novelista de garra y de profunda vocación literaria, interesa y apasiona desde el primero hasta el último capítulo. Podría decirse que "Gente en la Isla" es una vigorosa y bella sinfonía marítima, que se inicia con un breve y melodioso exordio para hacernos penetrar, en seguida, a través de un paisaje nuevo y maravilloso de canales, abras, islotes, surgideros, ensenadas, barrancos y acantilados, por los cuales transita el hombre con su dolor y su miseria, compartido con su parca alegría de raíces vegetales.

Rubén Azócar vivió en la Isla Grande de Chiloé durante varios años. Tuvo, pues, ocasión de observar el escenario y penetrar en la diferenciada psicología del chilote que lucha, sufre, goza, prospera o fracasa en su pequeño universo marítimo, alejado del continente, apegado a su soledad, a sus leyendas, a sus supersticiones que permiten al autor llenar varias páginas de este hermoso y emotivo libro chileno con alma continental.

"Gente en la Isla", aparte de su valor literario, es un magnífico aporte para el conocimiento de la singular psicología de los chilotes, de sus modismos y giros regionales de innegable valor para el estudio de la semántica regional, de la flora y fauna isleña, para aproximarnos, en fin, a un mundo diferente al nuestro, donde la vida pierde su encanto por la monotonía cotidiana.

Sería tarea demasiado larga detenernos a comentar cada una de las tres partes, divididas a su vez en numerosos capítulos, de "Gente en la Isla". Finaliza este libro de contornos definidos, producto de

observaciones directas hechas por un espíritu agudo, observador y dolorido frente al espectáculo del hombre en su escenario isleño, con un hermoso capítulo titulado "El buque de arte", en el que el autor resume admirablemente una de las más antiguas y arraigadas supersticiones de los chilotes: "El Caleuche".

Y al leer la última página de "Gente en la Isla", quedan con nosotros sus personajes inolvidables, como si los hubiéramos conocido y hubiéramos transitado juntos por la vida: Lorenzo Andrada, el usurero Remigio Cárdenas, Adelaida, la infiel, la india Juana, el vasco Urrustarrazu, el cura don Braulio y ese otro personaje magnífico, potente, grandioso y de profundas resonancias que permanece siempre presente a través de la novela: el escenario de la isla con sus barrancos abruptos, sus bosques vírgenes, sus abras profundas, sus tranquilas ensenadas, sus caminos delgados como hilos serpenteantes y el embrujo de sus canales infinitos.

"Gente en la Isla" es, en suma, un libro merecedor de agotarse en sucesivas ediciones y requerido y gustado por todos los públicos del continente. Tiene los méritos suficientes para ello y coloca a su autor entre los grandes novelistas americanos.—*Gonzalo Drago.*

#### DANIEL BELMAR Y RICARDO GUIRALDES

En un número ya muy anterior del Boletín del Instituto Amigos del Libro Argentino, Pedro Ortiz Barili dice: "ese Güiraldes chileno que es el autor de *Coirón*"; ello abrió mi curiosidad y me proponía pedir noticias sobre el novelista cuando el correo puso en mis manos, con unas líneas cordialísimas, la obra de Daniel Belmar. Son doscientas páginas de apretados renglones que he leído de un tirón en este plúmbeo sábado otoñal. Pocas jornadas de tan óptima cosecha. Comprendo el acercamiento que establece Ortiz Barili y el que ensaya Mariano Latorre en la carta-prólogo de *Coirón*: "... tiene algo del Don